

El amor solo

Boomerang



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

Primera edición: septiembre de 2017

Título original: *L'amour seul*

© Éditions Albin Michel, 2005

© de la traducción, Claudia Casanova, 2017

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2017

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Ático de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2.º 1.ª

08037 Barcelona

info@aticodeloslibros.com

www.aticodeloslibros.com

ISBN: 978-84-16222-53-7

IBIC: FA

Depósito Legal: B 21616-2017

Preimpresión: Taller de los Libros

Impresión y encuadernación: CPI

Impreso en España — *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autora. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

El amor solo

Laurence Plazenet

Boomerang

Traducción de

CLAUDIA CASANOVA



Primer capítulo

Boomerang

1.

Tenía quince años y parecía más joven. Vivía aislada.

2.

Cuando su mujer murió, Monsieur d'Albrecht se negó a apartarse del cuerpo que el alma de ella ya había abandonado. Permaneció arrodillado, con las manos unidas a las de su esposa. No oyó las plegarias de los clérigos ni las exhortaciones de sus criados. Observaba los párpados cerrados de Madame d'Albrecht, y los besó en espíritu; de noche, en su habitación, acarició sus senos. Fue como cambiar una oscuridad por otra. Dos grandes cirios se erguían a ambos lados de la cama y apenas arrojaban algo de luz sobre ese último conciliábulo.

Su hijo vino a hablar con él. No sentía que tuviera derecho a transmitir a su padre los reproches que le habían hecho llegar. Se sentía torpe, con los ojos clavados en el cadáver de su madre. El viudo lo ignoró. El muchacho esperó un momento y se fue.

Pasó la noche.

Por la mañana, trajeron a la pequeña de Monsieur d'Albrecht, que apenas caminaba. Sus mejillas eran rosadas, pero la niña no le divirtió en lo más mínimo. Al principio, se levantó con un gesto de cólera y al cabo de un instante se

detuvo, y permaneció quieto, helado, delante de la criatura. De repente creyó adivinar en ella un cierto parecido a Madame d'Albrecht, un aire de familia que lo conmovió. Entreabría los labios como ella, batía los párpados a la misma velocidad. La negra intensidad de sus pupilas también era igual. Ante su penetrante mirada, la niña estalló en sollozos. El viudo resopló y ordenó con la boca seca que la apartaran de su vista.

Monsieur d'Albrecht era un hombre lleno de melancolía, muy instruido y taciturno. Se apartó de su hija, y ordenó que la instalasen en unas estancias lo más lejos posible de las suyas, y que se esforzaran en evitarlo. Pasaban semanas, meses enteros sin que coincidieran. Diez años después, un día de verano volvía con unos invitados al primer patio de su mansión, y oyó a su izquierda, procedente de la galería elevada, una voz cuya entonación era la misma que cada noche resonaba en sus oídos, aún. El cielo se cubrió. Un temblor terrible se apoderó de él. Gimiendo, hizo venir a la culpable. Clavó en ella su mirada dominante, observó el respunte en lo alto de su tocado. No encontraba las palabras adecuadas, y sus acompañantes lo miraban, intrigados. Se controló, a pesar de su inmensa cólera. Le hubiera gustado castigarla, pegar a la dueña de los labios que habían exhalado ese sonido, que había despertado hasta el éxtasis el tormento que creía disimular frente al mundo entero.

Y a escondidas, la cubría de lujos.

Encargaba ropas de brocado; para sus lóbulos, mandaba traer las perlas que la reina había deseado. Le entregó un libro con anotaciones manuscritas del mismísimo Petrarca. Cuando se puso enferma, y los médicos la dieron por desahuciada, no fue a visitarla. Al saber que había sobrevivido, hizo traer pantuflas bordadas de China, con diamantes cosidos.

Mientras dormía, depositó los zapatos sin despertarla, en una silla baja al pie de su cama.

Mademoiselle Albrecht creció con su ama de cría, con los criados que se sentían intimidados por ella y el cura que la confesaba. En esta soledad, apenas se movía, y su ropa besaba el suelo como el vuelo de un pájaro. La vergüenza la atravesaba.

Su felicidad estaba en los libros.

Todas las hijas de la familia habían recibido una buena educación. Eran tan hermosas que precisaban cultivarse abundantemente, para evitar caer en la vanidad y ser presa de los deseos de los hombres. Louise-Catherine hablaba latín, griego, hebreo y arameo. También podía conversar en italiano, castellano y portugués, que son las lenguas de los poetas. Descifraba el árabe, y amaba la escritura extranjera, la prosa ruda y difícil. Lamentaba que no le hubieran enseñado matemáticas, astrología y todas las ciencias que exigen una concentración que el aprendizaje de las lenguas y los textos no requerían de ella. Se ponía a prueba en el diálogo con lo desconocido. A veces, leyendo, oía un rumor procedente del interior de su espíritu, aunque era incapaz de entenderlo, y solamente lo imaginaba como una simple respiración. Pero esperaba, atenta, su regreso. Cuando llegaba ese momento, sentía una especie de alegría viva, que quemaba, como si toda su persona se encendiese.

El placer que sentía cuando escuchaba música, o cuando las voces cambiaban las palabras por el canto, se parecía a la pasión.

Siempre iba a misa.

Temía amar a Dios de manera impura.

Meditaba leyendo las historias de los santos a quienes cortaban las manos, o arrancaban las lenguas. Destrozaban su pudor, violaban sus afectos. Los verdugos los provocaban, y

llenaban sus bocas de insolencias, hasta la tristeza y las mortificaciones, la mayor derrota. Otros abandonaban el mundo de la palabra y se convertían en ermitaños entre dunas de arena. Se elevaban en columnas, lloraban por Dios. Tanto desorden para terminar en un recogimiento absoluto la fascinaba.

También se aburría. Sentía vértigo ante todo lo que ignoraba, y temía estar destinada a ignorar para siempre.

Era violenta y odiaba la violencia.

Rendía culto a la tolerancia y la castidad.

3.

Fue un deslumbramiento.

Hablaba con inflexiones extranjeras, cuya gravedad destacaba, súbitamente, la suspensión de la cadencia, el aligerar del tono, la concentración de los sentidos en las palabras que utilizaba. Tenía la frente elevada, la figura esbelta, la barba oscura e hirsuta. Una raya separaba sus cabellos, que caían como sendos macizos a ambos lados de la cabeza, hermosa e inteligente. Los labios, finos, tenían un aire severo. Exudaba un sentimiento de reserva y fortaleza al mismo tiempo. La joven percibió los pliegues horizontales por encima de las cejas, los que cortaban su rostro entre los orificios de la nariz y las comisuras de la boca. Tenía los ojos claros y la expresión penetrante. La observaba.

Estaba cerca de su padre, ambos la miraban. Mademoiselle d'Albrecht se inclinó, con el pecho erguido. El contraluz acentuaba el óvalo de su rostro, la estrechez de su cuerpo y de sus manos. Se preguntó lo que asomaba en la mirada de él: ¿era burla o deseo? ¿O un conocimiento absoluto de lo que ella pensaba?

Durante un largo momento, se miraron sin apartar la vista, casi sin parpadear.

Él la deseó al instante, porque estaba prohibida y era improbable que sintiese ningún interés por él, porque era virgen y enrojecería cuando la desnudase. Incluso tal vez lloraría cuando la tocara. Y ese espectáculo sería el más bello de los placeres.

Agustín Ramón y Córdoba saludó a su alumna.

4.

Así fue como ella conoció el rostro del amor.

5.

Se reunían en la biblioteca, donde el eco de sus voces serpenteaba por las paredes. Murmuraban, en lugar de hablar.

Las lecciones eran lentas, y él no le perdonaba ningún error. Ella se esforzaba.

Se dejaba ir, de manera imprevisible. Se sentaba, se inclinaba hacia ella, y clavándole los ojos pronunciaba duras palabras, y criticaba lo que ella amaba. Le dijo que odiaba la música que distraía de la verdad, que sustituía la contemplación inerte a la búsqueda. Era preferible el silencio, el que obliga a entender la ineptitud. Y al decir eso, la miraba con expresión hostil.

Ella se sentía desamparada, azorada. No sabía qué responder, pero adivinaba que sus ataques eran mejores que la indiferencia. Bajaba la cabeza, contrita.

Ramón la estudiaba y se maravillaba.

Un día, el padre lo convocó y le preguntó si su hija progresaba. El maestro asintió.

Volvió a sus habitaciones, un pequeño apartamento que alquilaba a una viuda. El corazón le latía con fuerza, estaba distraído. La dueña revoloteaba a su alrededor, le traía galletas y vino. Una tarde, Ramón le puso la mano por debajo de la falda, y ella se echó a reír. Yacieron juntos y después de eso, le costó convencerla de que no volviera a buscarlo cada noche, como si fueran amantes.

6.

Louise-Catherine se volvió más discreta. Soñaba en silencio, y su nodriza se veía obligada a repetirle las preguntas que le hacía.

Cuando la desnudaban para bañarla, empezó a sentir pudor. Se encogía entre los vapores que ascendían del agua caliente.

Una vez lavada, y envuelta en un paño limpio, ordenó a las criadas que salieran. Se puso delante del espejo y dejó caer la tela. Escrutó su cuerpo desnudo, tratando de adivinar qué sentiría él al verlo. Sabía que los poetas alababan las caderas de las mujeres, sus escotes, sus cabellos. Observó con atención sus hombros, la pálida aureola de los senos, el vientre liso, las muñecas, las rodillas algo huesudas. Se quedó pensativa. Las jóvenes no saben de sensualidad, y ella también ignoraba el deseo que las líneas de su cuerpo podían suscitar en un hombre. Se veía como un ser transparente.

Estaba convencida de que toda la seducción que podía ejercer procedería de su espíritu. Sabía que era una muchacha más culta de lo habitual, y que eso solía despertar sorpresa en los demás, cuando conversaban con ella. Suponía que el entendimiento mudo que creía percibir entre su maestro

y ella derivaba de la apreciación de su inteligencia, de una connivencia espiritual entre ambos.

Manténían largas conversaciones; durante una de ellas, Monsieur de Ramón le dijo que no creía en la amistad entre hombres y mujeres, sobre todo cuando estas eran muy jóvenes. El debate entre los sexos era un desfile, decía, un baile que solamente terminaba en la posesión de la carne.

7.

No le confesaba nada verdaderamente importante sobre él. Al principio, sintió que se había alejado de ella, como si se hubiera convertido en un extraño.

Ramón había visto muchas ciudades, viajado por ríos de los que Louise-Catherine desconocía el nombre, había dormido a la sombra de domos y cúpulas que ella jamás vería. Su sexo la confinaba a los espacios cerrados y reservados, y esa contradicción los separaba. La joven no sabía cómo sustituirlo, ahora que había llegado a su vida. Y al volverse más elusivo, Ramón avivaba el interés que ella sentía, y la distancia entre ambos se ensanchaba. A veces Louise se preguntaba si algún día podría llenar ese vacío. Su persistencia, lo sabía, corría el riesgo de convertirse en un abismo que los separaría.

Monsieur de Ramón hablaba, y recordaba a las personas que había conocido: sabios, músicos, pintores, escultores, cocineros, criados, gentilhombres y espadachines, cortesanos. También había mujeres entre las siluetas dibujadas de sus encuentros: las esposas de los impresores que lo retenían para que cenara con ellas, las criadas, las princesas que lo habían protegido y las melancólicas patricias cuyo ardor le

causaba un estremecimiento a medio camino entre los celos y el aburrimiento. Mademoiselle d'Albrecht no se perdía una palabra de lo que decía Monsieur de Ramón. Le habló de un burdel donde niñas de doce años recibían a los clientes subidas sobre tacones de color verde y rojo, con el escote descubierto y facciones severas como policías aduaneros. Mademoiselle d'Albrecht habría querido que le describiese a las muchachas con más detalle, conocerlo a él a través de ellas. Pero solo eran sombras que pasaban por azar entre sus palabras. Ramón solamente le hablaba de los demás y de ella misma.

Eso la enfurecía.

Deseaba saber más.

No le interesaban las gazmoñerías, ni la línea de fuga de su mejilla, ni el equilibrio de la niñez cuando está a punto de desnudarse. La infancia no le parecía ningún privilegio.

Mademoiselle d'Albrecht, no obstante, despreciaba la curiosidad que había brotado en su pecho.

Se prohibió pensar en la vida que Monsieur de Ramón había llevado antes de conocerla, o en qué se ocupaba cuando no estaba a su lado. No osaba conocer los pequeños detalles de su existencia si él no se los contaba. La discreción del maestro tenía un motivo razonable: no sentía un deseo comparable al suyo, no ansiaba establecer una relación de absoluta sinceridad. El azar lo había llevado hasta ella, y no la elección. Por eso, todo cuando no le contara libremente, porque deseara pronunciar todas y cada una de las sílabas que marcarían su elección, y la emoción de una primera entrega, sería algo impuro y engañoso. Louise-Catherine acechaba, esperando el momento en que se confiase así con ella.

Pensaba: «No me ve. No es un hombre satisfecho, hay un vacío en él. Y yo solamente veo ese vacío».

Así, avanzaba hacia él a ciegas, palpando la oscuridad.

Sentía la aprensión, sin ninguna causa especial, las fiebres del instante, los brotes de felicidad sustituidos al momento por los de tristeza, los agujeros en el corazón. El caos que la gobernaba también le causaba pavor. Trataba de disimularlo con todas su fuerzas.

Ramón se daba cuenta de que estaba más callada. No sabía si se trataba de una reacción natural, que solo aparecía porque la timidez o el pudor extraordinario fueran un rasgo de su persona, de su edad y de su sexo. A menudo, le parecía que era fría y no sabía si era capaz de sentir compasión. Louise-Catherine percibía esos instantes de duda, y el malentendido la acongojaba. Pero si se explicaba o justificaba sus actos, habría sido como traicionarse, a ella misma y a los dos. No era capaz de admitir que la perfección no fuese un don. Le horrorizaba la negociación de las palabras y de los sentimientos. Estaba convencida de que la vanidad injuriaba a su objeto, y el alma pura de Louise-Catherine se imaginaba doble: como si se engañara dos veces.

Así pasaron algunas semanas, sin alegría alguna.

8.

Monsieur de Ramón le preguntó si pensaba casarse. Ella se puso roja.

Sabía que era heredera de una fortuna considerable, y que muchos buscarían su mano por las propiedades que aportaría al matrimonio. Su padre, sin embargo, había rechazado a todos los pretendientes que se habían presentado. Ya no llegaban nuevas proposiciones, y no sabía si Monsieur d'Albrecht esperaba que viniera alguien mejor, o si daba por sentado que no se casaría. La joven no deseaba que le asignaran un esposo.

Él hizo como que no había oído la última frase.

Jamás actuaba como ella deseaba que lo hiciera.

También se había fijado en que la observaba a menudo, y por su expresión le preocupaba haber dicho algo insignificante, pero él nada decía cuando ella habría querido leer su pensamiento. Se pasaba el tiempo pensando en él. Se asombraba, le tendía emboscadas, se sentía perseguida, soñaba que una jauría de animales la devoraba. Se sentía impotente y gemía, atrapada en bosques llenos de troncos y ramas que la fustigaban sin saber de dónde caería el siguiente golpe. Se rendía.

Todos los combates convivían en su cuerpo.

Más o menos al mismo tiempo, Monsieur de Ramón le dijo que a menudo los libros no formulan las verdades que contienen, sino que son enigmas. Mademoiselle d'Albrecht descubrió que durante demasiado tiempo había ejercido su inteligencia en vano, que había contemplado un mundo que no existía. La belleza que había iluminado su espíritu se ocultaba en claroscuros, y aún no era capaz de distinguir su verdadero contorno. El mundo cambiaba de eje.

Las lágrimas acudieron a sus ojos. Tenía ganas de morir-se. Quería ser ardiente, exigente, dura consigo misma.

Él no la perdía de vista, aunque la muchacha no se diera cuenta.

9.

Su pecho se desarrollaba.

Cuando Mademoiselle d'Albrecht se despertaba, y apartaba las sábanas y exhibía sus tobillos, mientras los objetos de su habitación cobraban forma bajo la luz azulada de la mañana, su primer pensamiento era para Monsieur de Ra-

món. Desayunaba bajo su mirada, y respondía a las objeciones de la lección del día anterior mientras la peinaban. Se arrodillaba a su lado cuando rezaba por la mañana. Si su velo se enganchaba en la portezuela del carruaje, eran los dedos del maestro los que la liberaban. De noche, no dormía porque seguía escuchando sus palabras. Estaba sometida a una imagen que tenía su voz, la dulzura de sus manos, que ella fingía haber visto, y sus suaves pestañas masculinas.

La joven pensaba que debía amarlo. También se preguntaba si tendría que pertenecerle.

10.

Estaban sentados uno al lado del otro. Mademoiselle d'Albrecht llevaba un vestido con anchas mangas abombadas, ceñidas en el antebrazo con un nudo de terciopelo y bordado con encaje terminado en hilo de plata. Estiró el brazo para acercar un libro que había en la mesa, frente a ambos, y el gesto desnudó su muñeca. Tenía la piel muy fina sobre un hueso grande, una red de venas en la mano que palidecía, y un brazalete de piedras preciosas. Sin interrumpir su discurso, Monsieur de Ramón colocó la punta de los dedos de su mano derecha sobre esa superficie de dulce carne. Sintió su tacto y el calor transmitiéndose hacia su propia piel.

No retiró la mano.

Mademoiselle Albrecht alzó la vista. Ramón observó sus párpados aletear, su mirada buscando la suya. Adoraba su expresión seria. No respondió. Sonreía, seguía hablando y manteniendo la presión de los dedos. Pensaba en el interior de la muñeca, la tierna piel que acariciaba lentamente.

Cuando liberó la mano que había retenido, le preguntó si deseaba seguir con la lección o si prefería retomarla a la mañana siguiente.

11.

La sorpresa había dejado a Mademoiselle Albrecht sin palabras. Cuando se quedó sola, se dejó ir por la alegría: Monsieur Ramón se sentía atraído hacia ella, lo bastante como para expresarlo en un gesto. Se dejó llevar por la ensoñación; se adentraban por tierras desconocidas.

Volvió en sí, pues en realidad, no era territorio desconocido. Sabía perfectamente hacia dónde se dirigían, a qué les llevaba ese desliz, que no era un desliz. ¿Deseaba seguir por ese camino? Terminaría deshonrada, y su vergüenza quizá sería pública. Solamente experimentarían breves y débiles placeres, teñidos por la mentira y la brevedad de ese tipo de relaciones. Perdería incluso la estima en que Monsieur de Ramón la tenía. La consideraría una más de entre todas las mujeres que había seducido. Ya no sería una isla. Pocas faltas conservan el peligro suficiente como para resultar atractivas durante largo tiempo. Terminaría por aborrecerla.

Así pensaba Louise-Catherine, y al mismo tiempo recordaba sin cesar la expresión del rostro de Monsieur de Ramón cuando tocaba su piel. Estaba alterada, pero sentía más fascinación que temor ante el movimiento por el cual las personas se acercan entre sí, buscan convertirse en seres únicos, y transformar sus vidas.

12.

No pensaba resistirse, desde luego. Había dejado de pertenecerse. En todos sus pensamientos y actos, estaba la imagen de Monsieur de Ramón, como la vara de medir su conducta.

13.

Monsieur de Ramón y Mademoiselle d'Albrecht siguieron con sus lecciones. Una tarde, ya cansados, la joven pidió que les sirvieran una colación. Le gustaba ver a su maestro sediento llevándose a los labios un vaso, y mordisqueando las obleas que les habían traído. Lo observaba comer, y por primera vez veía sus dedos en contacto con algo distinto del papel o de la pluma, y su boca llena con algo más que palabras. Al ver a Ramón saciarse frente a ella, un hombre cuyo espíritu admiraba, Mademoiselle d'Albrecht se debatía entre la repulsión, al descubrir que tenía apetitos primitivos y gustos ordinarios, y la fascinación al ser testigo de esas actividades; entre ambos se instalaba una intimidad cuya sola existencia despertaba en ella una extraña emoción.

Monsieur de Ramón le hablaba de la edición que preparaba de *El banquete de los sabios*, de Ateneo de Naucratis. Había detectado variantes importantísimas en un manuscrito del que se desconocía incluso que contuviera ese texto. Ramón se había dado cuenta al reseñar otra obra incluida en ese volumen. El libro no parecía tener colofón y, sorprendido, Ramón se había fijado en que dos páginas del *codex* se habían pegado, encadenando dos obras en realidad distintas. Como el copista no había modificado ni el color de la tinta,

ni el espacio de los márgenes al transcribir ambos textos, la ilusión era casi perfecta. El profesor no tardó en identificar cuál era el segundo libro incluido en el manuscrito. Se trataba, probablemente, de la mejor versión existente de la recopilación de Ateneo. Parecía muy antigua, e incluía los tres primeros libros que hasta ahora no se habían encontrado. Ya no era necesario utilizar el Epítome.

Los ojos de Monsieur de Ramón resplandecían, animados. Cada tanto, se apartaba un mechón de pelo que caía sobre su frente.

Mademoiselle d'Albrecht estaba sentada a contraluz, y al estar ambos instalados en la misma pequeña mesa, sus piernas casi se rozaban por debajo de la superficie. Los pliegues de su falda tocaban las rodillas del profesor, y una imprevista sensación de dulzura invadía su cuerpo, aunque mezclada con una fiebre que la distraía.

14.

A la mañana siguiente, cuando oyó los pasos de Monsieur de Ramón en la galería que llevaba a su habitación, abrió el volumen que sostenía sobre sus rodillas en la página donde Francesca de Rimini le cuenta al poeta que un día, ella y su amante interrumpieron su lectura. Le parecía que el pecho iba a estallarle, porque cuando entraba en su dormitorio, Monsieur de Ramón siempre se dirigía a tomar el libro que tenía entre manos. Era la única señal de curiosidad que mostraba hacia ella.

Se acercó, tomó el libro y lo cerró.

Le dijo que el amor eran pamplinas de soñador, que el amor no existía, que solamente existe el roce desenfrenado

de los sexos y, en muy pocos casos, el intercambio de los espíritus que mantiene viva la conversación, y así se logra combatir el aburrimiento del coito. Las almas que respiran pasión son solo excrecencias de poetas.

Se detuvo.

Le acarició el pelo, que hoy caía suelto, sobre los hombros. Se recreó en sus orejas, el cuello, la nuca, zonas dulces y ombrívolas que jamás había hollado, que solamente entreveía cuando llevaba el pelo recogido, entre gasas y perlas, inaccesible. Sonreía pero no parecía verla; estaba más bien absorbido en una contemplación interior. Dulcemente, levantó a la joven. Hizo que girara sobre sí misma, mientras empezaba a desabrochar los lazos que sostenían su blusón. Liberó sus pechos y los tomó entre sus manos. Puso su mejilla contra la de Mademoiselle d'Albrecht. Ardía, aunque no pensara en ella. Estaba simplemente probando la novedad ansiosa de su cuerpo. Cerraba los ojos, y se perdía en el abismo del descubrimiento de su piel virgen; discernía entre su perfume, el del los cabellos de la joven, el agua de colonia, la ropa. Mademoiselle d'Albrecht se convertía en su respiración.

Con un gesto brusco, Monsieur de Ramón apartó el corsé, se deshizo de la falda y de la camisa de la joven, que estaba de pie, desnuda sobre sus ropas. Sus medias eran blancas y los zapatos acentuaban la forma alargada de sus pies. Era pálida y púrpura, estaba erguida, con la espalda recta: como el cuello de un pavo real.

Monsieur de Ramón la levantó y la depositó en la cama, sin apartar la colcha.

Admiró los senos menudos de la jovencita, su pelvis estrecha. Pasó la mano sobre el vientre, que se contrajo, liso y caliente. Era lo incomparable y lo inolvidable, el cantar de los cantares, la niña novia, la hermana casadera. Sus dedos

se deslizaban por su piel, y en cada pulgada ella le pertenecía más aún. La poseía, entreabriendo su cuerpo prisionero.

Los ojos de Mademoiselle d'Albrecht estaban clavados en él, llenos de intensidad y de interrogación. La joven se mordía el labio inferior. De repente, sus mejillas se cubrieron de lágrimas, los brazos trataron de rechazarlo. Monsieur de Ramón se conmovió, el deseo desapareció.

Se apartó.

Se arregló la camisa. Le dijo que no sabía qué decirle.

—La única curiosidad es la del sexo. Es la primera que sienten los hombres, y a menudo es la única que perdura, más que las demás. Dios lo ha convertido en un instinto, que no condena; sí castiga que se emplee para solazar otras pulsiones. Usted, aunque no lo crea, me inspira algo muy puro. No necesario o indispensable. La mayor parte de los deseos, al fin y al cabo, pasan sin que los saciemos: los dominamos. Forjamos otros. Ceder ante uno mismo es un arte, y es imprescindible para que disfrutemos con sinceridad. Y finalmente, solo si son deseos sinceros podrán acompañarnos siempre, aún después de haberse saciado. Los suspiros forman el diamante de la memoria.

Se giró, cuando llegó a la puerta y vaciló un instante.

—Debería vestirse —dijo, y desapareció.

Mademoiselle d'Albrecht no se movió. Se odiaba por ser como era.

15.

Leyeron el *Cármides*, el *Crátilo*, el *Menón*, el *Manual* de Epícteto, dos veces, la *Ética a Nicómaco*, las *Historias* de Herodoto, a Safo, a Dionisio de Halicarnaso, a Moisés Maimó-

nides, Anacreonte y sus epígonos, Cátulo, Tibulo, *La ciudad de Dios*, Averroes, Ibn Jhaldún, Tácito, las destrezas de Abu l'Ala, Eusebio de Cesarea, san Juan Clímaco.

Ya no le dirigía la palabra.

16.

Se daba cuenta de que la dirigía. Imaginaba que la guiaba, y se entregaba a su mando.

Pero no entendía por qué era tan lento, y por qué no le pedía nada. Una noche, llegó a creer que le resultaba indiferente. Era casi una certeza. ¿O bien sentía dudas como ella, y se debatía entre el impulso de hundirse en el abismo de dar un paso atrás? Estaba triste y malhumorada, y por eso lo provocaba. Exigía, se quejaba. Otro día, se las arregló para que cuando él se presentó en su dormitorio, aún estuviera a medio vestir. Llevaba el corsé, y sus brazos y sus hombros estaban desnudos. Jugó con él, vio que enrojecía. Entró la nodriza y al verlo allí, le ordenó, cortante, que regresara a la sala.

Cuando apareció ella, lo hizo con la cabeza erguida y una sonrisa en los labios.

Le pareció bellísima. La audacia le sentaba bien.

17.

A Monsieur de Ramón le gustaba la mirada directa e inteligente de Louise-Catherine, sus labios que jamás habían mentido, la boca que guardaba silencio. Ella no sabía que el amor pudiera ser verborreico. Se rendía sin una palabra, a

pesar de ella, de él, del amor: todo era una bruma. Su impaciencia era un hechizo.

18.

La joven creía que le gustaba dominar. Detestaba tener que aceptar su propia inferioridad, y jamás se reconciliaría con Monsieur de Ramón, que así la había hecho sentir. Eran adversarios, también. Ya llegaría el día en que Louise-Catherine sería dueña de sí misma.

Se erguía, como un arco a punto de disparar.

—Ignoro —confesó— el gusto de la esperanza, de la confianza y de la ternura. Nadie conoce la fuerza y la potencia de mi voluntad. Sin cesar trato de apaciguarla, sin pensar en la satisfacción que me aportará, y a veces pienso que eso es peor, hasta el punto que ni siquiera sé lo que me digo, ni lo que me dicen.

Tenía que convencer a Monsieur de Ramón para que cediera, aunque él estaba seguro de que después, sería ella la que se volvería más sencilla de aprehender.

Mientras la nodriza la observaba, a escondidas, Louise-Catherine bajaba la cabeza para que no viera su rostro y se diera cuenta de que ni siquiera llevaba una máscara de ilusión amorosa.

Otras veces, se dejaba llevar por el miedo. No quería que Monsieur de Ramón se fuera de su casa sin haber sido su amante, por temor a que la olvidara. Quería que, al conocer otras mujeres, viéndolas en la cúspide del deseo, o en el minuto en que las abordara, el rostro de Louise-Catherine se superpusiera al de ellas. Mademoiselle d'Albrecht no esperaba retenerlo, no se hacía ilusiones. Deseaba en cambio

que siguiera llevándola dentro de sí, allá donde fuera. Había días en que solamente deseaba convertirse en un filtro de su memoria, una recurrencia obligatoria, un topo, una imagen maravillosa, un remordimiento. Habría querido insuflarle todo el vértigo que él le inspiraba.

Desde que había cobrado conciencia de sí, siempre temía quedar por debajo de todas sus esperanzas, a tenor de la indiferencia con la cual él la trataba. No había nada especial en ella; así pues, tenía que crear una fantasía para que cayera a sus pies.

Era impetuosa, estaba rota, se sentía infeliz.

19.

Monsieur de Ramón no era ajeno a los tormentos de su pupila. Le inspiraban piedad, le arrancaban pequeñas gentilezas para con la muchacha que le sorprendían. Sospechaba que la joven se despreciaba a causa de esas amabilidades, pero no se sentía capaz de hierla del todo.

Le prodigaba unos ánimos con los que ella no contaba. Le transmitía que, sin haberlo probado siquiera, valoraba lo precioso de su universo. La llevó a pasear.

En cuanto cruzaron la puerta, el frío hizo mella en ambos. El viento empujaba la capucha de Mademoiselle d'Albrecht sobre su cara y además, la joven caminaba un poco inclinada. Monsieur de Ramón la observaba avanzar a duras penas: parecía prisionera de un sueño, insensible a los hombres que se cruzaban con ella, ignorando a las mujeres que la miraban sin disimulo. Respiró más tranquila cuando cruzaron la barrera de la propiedad. Se encontraban en medio de bosques de chopos enhiestos y campos cubiertos de escar-

cha. Los montones de paja humeaban aquí y allá. Sus pasos se perdían, caminaban a lo largo de los angostos canales de los molinos. Por entre el hielo del río, las barcazas se cruzaban en su camino. Los marinos se dejaban caer pesadamente sobre sus perchas. Reinaba un inmenso silencio, apenas roto por el piar de los polluelos apilados en las cajas de mimbre que transportaba una chalana, o los ladridos de los perros, cuando pasaban frente a las esclusas. Tenían el tiempo por delante, y sus esclavinas chocaban entre sí.

Otras veces, salían a cabalgar juntos. Mademoiselle d'Albrecht gozaba llevando su caballo al límite. Galopaban incansables, hasta que se le enrojecía la nariz y le brillaban los ojos. Volvía despeinada, con los pómulos arrebolados.

De vuelta, pasaban por las cocinas y el calor de los fogones les envolvía. Llegaba la nodriza, y ayudaba a Mademoiselle d'Albrecht a quitarse la capa, los guantes o los manguitos. Daba golpes enérgicos contra su falda, para que se soltara la paja prendida en el terciopelo. Le daba agua, para que se serenase, y evitaba mirar a Monsieur de Ramón. Devolvía el calor al cuerpo de su dueña frotándole la espalda, las piernas, con decisión, como si la castigara. Refunfuñaba, pero Mademoiselle d'Albrecht, llena del espacio y de la luz que acababa de devorar, no le prestaba atención.

20.

Pasó el invierno.

Monsieur de Ramón ya solo veía el nacimiento de sus senos bajo la tela de su escote.